
Camilo: mi primera escuela

06/02/2015



Camilo Cienfuegos es el nombre de mi primera escuela. Fue ahí donde conocí a los padres del héroe, que invitados por Ramona, aquella directora dura pero insustituible, llegaron en dos ocasiones cuando yo era una “vejiga”.

Ya estaban viejitos, pero era un orgullo tenerlos tan cerca y que nos contaran cómo era Camilo de niño. A pesar de mi ingenuidad, me preguntaba, cómo con tantas escuelas que se llamaban igual en el país, ellos venían a la mía.

Nunca he buscado la respuesta certera, pero imagino que se debiera a la gestión personal de los maestros de aquella escuela que parecía un paraíso.

Yo vivía en el campo, a cuatro kilómetros de Los Arabos e iba todos los días con mi hermano (un año menor que yo) y mi mamá a “Camilo”, la mejor escuela de mi vida. Y aunque tantas veces le reproché en silencio porque nos hacía ir a esa escuela tan lejos cuando en Cuatro Esquinas había una rural, hoy le agradezco.

Recuerdo la edificación de dos plantas, con aulas amplias y espaciosas, llenas de closets y con ventanas de

aluminio, y los pasillos largos, anchos y siempre limpios, con pisos de granito brillosos, que cuando venían visitas se llenaban con las plantas de arecas y malanguitas verdes y saludables.

Ramona, la directora, se vestía siempre elegante, como si estuviera esperando la llegada de alguien importante. Nosotros temblábamos solo con tenerla cerca y era como una diosa: lo que ella decía, era ley.

Y qué decir de Élida, mi maestra de preescolar que tocaba piano y tenía sacos de paciencia; de Claribel, quien me enseñó a leer, a escribir y a calcular; o de Malpica, el maestro de cuarto grado que me inició en esto del amor por la escritura.

Camilo está presente en mí siempre. Pero cuando lo mencionan no viene a mi mente el héroe sonriente con el sombrero alón, que también admiro y amo, sino la imagen de esa escuela de Los Arabos donde di mis primeros pasos de estudiante.
